

# Los lectores de *Semana* (1946-1961)

## Cartas de un país paradójico



### Introducción

A mediados del siglo pasado, la revista *Semana*, fundada por el ex presidente Alberto Lleras Camargo, introdujo en Colombia los avances del periodismo estadounidense, en cuanto a lenguaje, presentación y estructura empresarial, con el modelo de las revistas *Time* y *Newsweek*. Una de las innovaciones fue la sección de los lectores, que permitió medir las reacciones y los debates originados por la agenda informativa de la revista entre sus lectores y las opiniones que circulaban en el ambiente

.....

\* Comunicadora social-periodista de la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín y Doctora en Ciencias de la Información de la Universidad de Navarra. Coordinadora y profesora del Campo de Periodismo de la Carrera de Comunicación Social de la Pontificia Universidad Javeriana (P.U.J.). Correo electrónico: maryluz.vallejo@javeriana.edu.co. Este artículo hace parte de la investigación "Procesos de profesionalización del periodismo escrito en Colombia, siglos XIX y XX", que la autora realiza para el Departamento de Comunicación de la P.U.J.

en los tumultuosos años de la Violencia. En este epistolario aflora un país paradójico, con mentalidades contrastantes y con un amplio repertorio de preocupaciones e intereses, que supo interpretar la prestigiosa publicación, por la que alcanzó a circular el pensamiento crítico pese a la censura. Se revela también un inusual perfil de lector, identificado no sólo por su filiación política, sino por su cultura, gustos, valores y creencias, con el que construimos este relato colectivo del país.

En el segundo número de la revista *Semana*, se encuentra esta promesa editorial: “Queremos hacer una revista como la desee el promedio de nuestros lectores. En otros países del mundo hay instituciones especiales dedicadas a averiguar qué piensa la gente. Entre nosotros todo es intuición [...] En 100 o 200 palabras, puede el lector dar su opinión tal como la da en la casa o en la calle”.<sup>1</sup> Le recomienda, eso sí, ser breve, no buscar polémicas y abstenerse de ofender a personas y entidades. Y como se comprueba al leer toda la colección (de 1946 a 1961), ese pacto entre la revista y sus lectores se mantuvo en las épocas mejores y peores de la acreditada publicación, irradiando una nueva cultura periodística en el país.<sup>2</sup>

Hacia julio de 1948, y bajo la dirección de Juan Lozano y Lozano, se habían publicado unas mil cartas “malhumoradas o ingenuas; digresivas o estimulantes; útiles o inoficiosas. Pero todas han servido para que *Semana* se desarrolle y progrese”.<sup>3</sup> Después de releer ese material, los editores clasificaron en cinco grupos las opiniones predominantes de sus lectores: (1) de aprobación del estilo imparcial en temas políticos (cuando los medios

.....

- 1 *Semana*, 4 de noviembre de 1946, No. 2, Bogotá, p. 1.
- 2 La sección de “Cartas” sólo desaparece por algunos meses entre 1957 y 1958, sin que se haya dado ninguna explicación a esta ausencia.
- 3 *Semana*, 17 de julio de 1948, No. 91, Bogotá, p. 3.
- 4 El papel que desempeñó la revista en el contexto político está ampliamente documentado en el artículo de esta autora titulado “La revista *Semana*: plataforma periodística del Frente Nacional”, en *Memoria y Nación, Historia de los medios de comunicación en Colombia*, VII Cátedra Anual de Historia Ernesto Restrepo Tirado, Bogotá, Aguilar, 2003, pp. 338-365.
- 5 *Semana*, 29 de octubre de 1956, No. 519, Bogotá, p. 36.
- 6 En Estados Unidos también circulaban *Newsweek* y *World Report* con este estilo noticioso; otras publicaciones similares eran *Tiempo*, en México, y *Qué*, en Argentina.

impresos y radiales estaban convertidos en trincheras humeantes); (2) de reclamo de mayor información sobre los departamentos; (3) de sugerencias para presentar en portada a personajes diferentes a los políticos y de alternar a los artistas que las hacían las portadas; (4) de apoyo al estilo sintético, y (5) de solicitud de nuevas secciones.

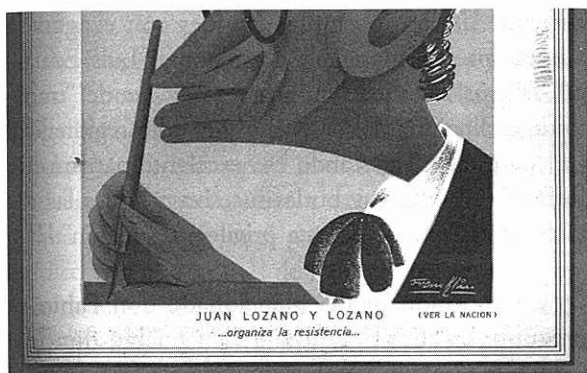
Con los años, esta clasificación se fue ampliando, pero sin duda las cartas más reveladoras son las de protesta, por los giros editoriales de la revista —que respondieron tanto a los cambios de gobierno como a los sucesivos directores—, y que no sólo reflejaban el espíritu autocrítico de la revista, sino que seguramente obedecieron a una estrategia editorial para filtrar el malestar producido por la censura implacable en una publicación que se preciaba de su independencia e imparcialidad, valores periodísticos poco comprensibles para los gobernantes de aquel período.<sup>4</sup> Cuando cumplió diez años, el entonces director de la revista Luis Zornosa Falla escribió:

Se dice que los lectores encuentran insípida una publicación que no tome partido. Con éstas y otras reservas se recibió hace diez años la aparición de *Semana*, que pretendía ser objetiva e imparcial. En un momento en que en la vida colombiana estaban al día las recriminaciones políticas, Alberto Lleras salía de un parlamento borrascoso y se iba para la imprenta a sentarse frente a su maquineta de escribir a tratar de ser imparcial.<sup>5</sup>

Tras su aparición, comenzaron a endilgarle rótulos: los liberales de góda, los conservadores de roja y comunista, unos y otros de gobiernista y antigobiernista durante sus quince años de vida.

En los primeros cinco años la revista vivió su “época dorada”: gozaba de plena aceptación no sólo en el país, sino en el exterior, gracias a la adaptación criolla del modelo periodístico de *Time*,<sup>6</sup> e intel-





tuales de muchos quilates siguieron al pie de la letra el experimento de Lleras Camargo: Juan Lozano y Lozano, Hernando Téllez, Eddy Torres, entre otros.

Los lectores apreciaban especialmente ese sentido del humor tan anglosajón de la revista y ese tono irónico que desbrozaba el camino de la crítica inteligente, dirigido a lectores igualmente inteligentes. De hecho, las respuestas a las cartas — excepcionales — tienden a subrayar el lado cómico de las situaciones humanas.

Paradójicamente, en su último lustro —con la libertad recuperada y en el marco privilegiado del primer gobierno del Frente Nacional presidido por Alberto Lleras Camargo (1958-1962), fundador de la revista—, los vaivenes ideológicos hicieron mella en esta publicación inveteradamente imparcial. Después de la dirección del fogoso Alberto Zalamea (1958-1960), que le dio un inusitado tono polémico y llegó a ser señalado de comunista, los últimos directores, grises y anticomunistas,<sup>7</sup> se encargaron de hundir a *Semana* en la mediocridad antes de que Lleras Camargo concluyera su mandato.

En este repaso de la sección de los lectores parto de la hipótesis de que los lectores fieles de una publicación pueden convertirse también en sus jueces más severos y gracias a esa retroalimentación permanente se fortalece la línea editorial. La otra hipótesis que busco demostrar es que el éxito de esta publicación, modelo de periodismo moderno en Latinoamérica, se debe sin duda a la rápida percepción que tuvo de los intereses de sus lectores y a su capacidad de convocarlos y de hacerlos partícipes de un proyecto periodístico equivalente a un proyecto de país.

## Polémicas de corto y largo alcance

Abrimos el repertorio con una polémica sobre el doblaje al español de las películas estadounidenses. “¿Por qué enviar a Colombia las películas en versiones dobladas echándolas a perder estética y técnicamente?”, empezó por preguntarse el conocido cinematografista Camilo Correa. Y continúa su alegato:

Nosotros, los colombianos, enviamos a los Estados Unidos oro de 18 K, café excelso Medellín, bananos de primera calidad y pieles limpias de gusanos. ¿Por qué los norteamericanos nos envían sus magníficas producciones filmicas después de someterlas a un horripilante proceso de deterioro?<sup>8</sup>

Los que estaban a favor del doblaje le respondieron que en un país con mayoría de analfabetas los espectadores no podrían seguir el vertiginoso paso de los rótulos (“aunque se priven de la acariciadora voz de Rita Hayworth”). Sería el comienzo de una serie de polémicas de fondo sociocultural que mostraba las tensiones entre el país letrado, de cultura refinada, y el país iletrado, identificado con las manifestaciones de la cultura popular y masiva que circulaban en la radio, el cine y muy pronto en la televisión.

Aquí se inscribe la polémica por el famoso folletín radiofónico *El derecho de nacer* (1951), del cubano Félix B. Caignet, que será registrado discretamente por la revista como un fenómeno de audiencia entre los bogotanos y que algunos lectores ridiculizan ignorando que el público masivo al que llegaba la radio era de un ochenta por ciento de los colombianos que justamente no leía los periódicos.<sup>9</sup> Los directores de la emisora HJCK, Eduardo Caballero Calderón y Hernando Martínez Rueda, abrieron la polémica por el mal gusto del novelón que, según ellos, rebajaba el ni-

.....

7 Estos últimos directores, que permanecieron durante corto tiempo y poco brillo le dieron a la revista a partir de 1960 fueron: Eduardo Laverde Peña, Hernán Echavarría Olózaga, Alberto Montezuma y Fernando Guillén Martínez.

8 *Semana*, 11 de noviembre de 1946, No. 5, Bogotá, p. 1.

9 La polémica se extendió durante varios meses en la prensa nacional y regional. Para intelectuales como Hernando Téllez y Eduardo Caballero Calderón el gusto por el melodrama era signo de cursilería y revelaba el gusto literario medio del país.



vel cultural de los oyentes. Ese mismo año empezó la campaña contra el cine mexicano, el de los charros de Jorge Negrete y compañía que, según un lector, sólo interesaba a los radioyentes de *El derecho de nacer*.

Siguiendo con la influencia de la cultura mexicana en Colombia, la revista dedicó su carátula al trío Los Panchos, con el título “Panchismo agudo”, debido a su primera gira por el país.<sup>10</sup> A la semana siguiente se hicieron sentir los enemigos de la cultura popular, para quienes *Semana*, “abanderada en la lucha contra la mediocridad, descuidó su puesto como la mejor revista del país hasta nivelarse con los folletines de radio”.<sup>11</sup> Y eso que la semblanza fue un tanto displicente con los artistas populares.

Pero quizá la más sonora de estas polémicas de choque cultural es la relacionada con ritmos caribeños como el porro, que detonó Fabio Londoño Cárdenas, desde Medellín, y originó una avalancha de protestas de lectores de la costa y espaldarazos del interior. Titulada “Con la música a otra parte”:

En el No. 53 de la revista, y bajo el absurdo título de Arte, y el no menos absurdo de Música, se habla extensamente de un aire vulgar y foráneo. Es inaudito, horrendo, macabro, anticultura, y lo que más se pueda decir, que en *Semana* se hable de estos ritmos ruidosos y estridentes llamados porros, expresión de salvajismo y brutalidad.<sup>12</sup>

Estos ataques se originan en exaltados sentimientos regionalistas. En el anterior ejemplo se asoma el antiantioqueñismo de colombianos de otras regiones del país, hartos del complejo de superioridad de la ‘raza’ paisa, y a la vez el proantioqueñismo, que se

defiende de los constantes ataques con exagerada autoestima. El infatigable corresponsal Luis Eduardo Villegas, de Medellín, acusa a *Semana* de “transmitir la dinamita del despecho y el odio regionalista [...] de estar malgastando ese excelente patrimonio fosfórico en críticas y burlas sucesivas a todas las características raciales de esta privilegiada región”.<sup>13</sup>

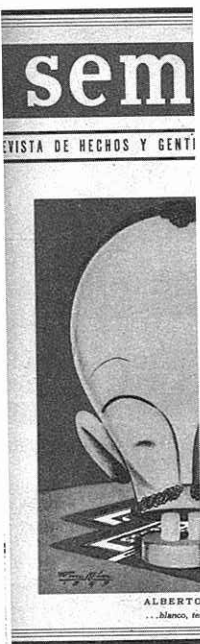
Un contradictor del mencionado don Fabio se pregunta si “¿habrá cultura en un pueblo donde a Conchita Cintrón le echaron cerveza a la cara en el circo de la Macarena? ¿Habrá cultura en donde el balance que publicó la liga caldense de basket-ball hay una partida que dice: Valor de 15 cobijas que no devolvió la delegación de Antioquia?”.<sup>14</sup>

Para cerrar el debate, responde don Fabio “En defensa propia”: “Dicen los señoritos Antonio Brugués Carmona, Antonio Cruz Cárdenas y José Granados Rodríguez —los tres de Bogotá—, que los porros, bundes, cumbias y demás suciedades sí son música y dizque son obras que demuestran el sentimiento del pueblo costeño...”,<sup>15</sup> poniendo en solfa la opinión de los especialistas. Finalmente, la revista suspende estas manifestaciones de “porrofilia” y “porrofobia” que ya rozaban lo grotesco. Pero cíclicamente se enconan los sentimientos regionalistas, incluso por asuntos tan baladíes como la calidad del cigarrillo Pielroja, según la región donde se produzca.

Siguiendo con otro tema sensible, el indigenista Gregorio Hernández de Alba —fundador del Instituto Etnológico Nacional—, después de convivir con los indígenas guambianos del Cauca (Silvia), llegó a la conclusión de que:

El indio es un bien oculto de la nación. Son 200 mil indígenas pésimos productores, y por consiguiente, pésimos consumidores, que pueden ser utilizados ventajosamente en el país, sin que para ello se requieran millones [...] Con pocos centavos, con cantidades que no asustarían a Mr. Curie, el país puede hacer el espléndido negocio de incorporarlos a su economía.<sup>16</sup>

Sugería entonces que en lugar de traer inmigrantes de otros países, se aprovechara la población indígena para fortalecer la economía.<sup>17</sup> Curiosamente, este artículo no suscitó críticas de fondo para el reconocido indigenista, sino que despertó la indignación de los



.....

10 *Semana*, 7 de abril de 1951, No. 233, Bogotá, pp. 24-26.

11 *Semana*, 21 de abril de 1951, No. 235, Bogotá, p. 4.

12 *Semana*, 15 de noviembre de 1947, No. 56, Bogotá, p. 3.

13 *Semana*, 25 de octubre de 1947, No. 53, Bogotá, p. 2.

14 *Semana*, 6 de diciembre de 1947, No. 59, Bogotá, p. 2.

15 *Ibid.*, p. 2.

16 *Semana*, 6 de enero de 1951, No. 220, Bogotá, p. 33.

17 Prueba de que *Semana* hacía eco al debate sobre la inmigración, el redactor de este informe concluye: “Ahora, cuando se discute si traer inmigrantes letones, italianos, españoles y sefarditas, no estaría mal que el Estado colombiano se ahorrra el costo de los pasajes y los invirtiera en sus nativos de la más rancia procedencia andina”.

lectores de Silvia, por hacer aparecer a los habitantes de este municipio como una tribu de cinco mil indígenas, “apenas por conquistar, cuando el resguardo indígena queda a tres horas de Silvia”.<sup>18</sup> La voz crítica provino de la hermana Laura Montoya Uribe, de Medellín, quien contradice a esos lectores “que crean la falsa idea de que en el país no tenemos indios. Es verídico que existen más de 5.000 indios en el municipio de Silvia”. Aclara también que el autor del artículo desconoce la labor allí realizada por las misioneras de su comunidad María Inmaculada.<sup>19</sup>

Un tema que sí borró las diferencias de color —de partido político y de equipo de fútbol— fue el de la importación de deportistas extranjeros, sobre todo en el caso de los futbolistas argentinos. Muchos lectores protestaron por estos fichajes costosos y apátridas. “Por qué no colombianizamos el fútbol descartando al menos en un 90% la inyección extranjera que ya ha desalojado a los nuestros hasta el punto de que hay equipos donde se cuentan 10 extranjeros por 1 criollo?”<sup>20</sup>

Justamente la inmigración, asunto tabú para la mayoría de la prensa, atrajo la atención de los lectores, siempre con actitud positiva frente a los programas estatales y privados para fomentarla. Y como solía ocurrir, ante estas noticias surgían los dos bandos de lectores. Una de las protestas más sonadas se dio por la llegada al país, en 1952, de sesenta italianos contactados por la Embajada de Colombia en Roma, que venían a trabajar como agricultores. A raíz del informe publicado por *Semana*,<sup>21</sup> un lector comenta con ironía que la solución que da el gobierno a la inmigración de campesinos a las ciudades, debido a la violencia, es traer extranjeros que se hacen pasar por agricultores, pero luego se dedican a actividades comerciales en los pueblos y ciudades, y con ello les quitan a los nacionales sus puestos de trabajo.

Años después, en 1956, el Comité Católico Colombiano de Inmigración, presidido por Gustavo Santos Montejo y Guillermo Hernández de Alba (el famoso indigenista antes mencionado), logró traer a 200 europeos, pero denunció la imposibilidad de asilar a 36 mil extranjeros que huían de la persecución comunista debido a las restrictivas políticas de inmigración.<sup>22</sup> En 1959, Germán

Arciniegas promovió un programa de inmigración de europeos a Colombia: se proponía traer medio millón de extranjeros en el lapso de veinte años con la pretensión de acabar con el fanatismo y los odios políticos y religiosos. Igualmente, en Medellín funcionaba una organización, la Migrat, presidida por Alejandro López Mora, que consideraba que la salvación del país estaba en la población extranjera.<sup>23</sup> Algunos lectores, con todo el respeto, pusieron en duda esta panacea.

Y hubo polémicas más tenebrosas, como la que sostuvieron Heinrich von Groener, declarado nazista, y los ciudadanos extranjeros Enrique H. Krebs y Eric de Wasseigi, todos residentes en Bogotá, que habrá erizado los pelos de más de un lector conocedor de la influencia fascista en Colombia hacia 1951. Mientras el primero defendía ardientemente la lucha de Hitler, los segundos hablaban de los horrores del genocidio judío y alertaban sobre el neo nazismo en América del Sur.<sup>24</sup> Años atrás, un lector informó sobre la presencia nazi en Medellín, a propósito de la invitación que publicó en *El Correo* un grupo de jóvenes para una misa de aniversario por los jefes nazis ajusticiados en Nuremberg. Aunque el arzobispo suspendió la celebración, Moisés Muller, denunció con preocupación ese brote nazi que no estaba investigando la Policía.<sup>25</sup>

En 1959, los lectores comenzaron a manifestar su curiosidad, simpatía y antipatía por el grupo de los Nadaístas, que irrumpió en la pacata Medellín protagonizando todo tipo de escándalos, como la entrada irrespetuosa en el Congreso Católico de Escritores, que le costó la cárcel a Gonzalo Arango. Ante la solidaridad de la revista con el movimiento —seguido con fascinación por los *cocacolos*—, el poeta mandó una cortés carta de agradecimiento.

.....

18 *Semana*, 27 de enero de 1951, No. 223, Bogotá, p. 1.

19 *Semana*, 24 de febrero de 1951, No. 227, Bogotá, p. 2.

20 *Semana*, 11 de junio de 1949, No. 138, Bogotá, p. 1.

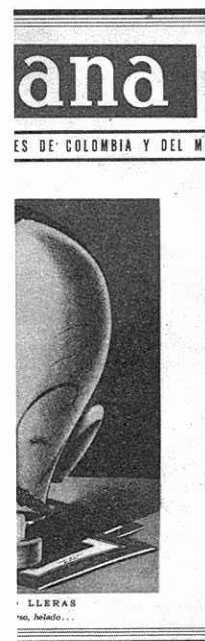
21 *Semana*, 5 de enero de 1952, No. 275, Bogotá, p. 1.

22 “La inmigración para Colombia”, *Semana*, 25 de junio de 1956, No. 501, Bogotá, pp. 24-25.

23 *Semana*, 16 de febrero de 1952, No. 278, Bogotá, p. 2.

24 *Semana*, 9 de junio de 1951, No. 242, Bogotá, p. 1.

25 *Semana*, 22 de noviembre de 1947, No. 57, Bogotá, p. 3.



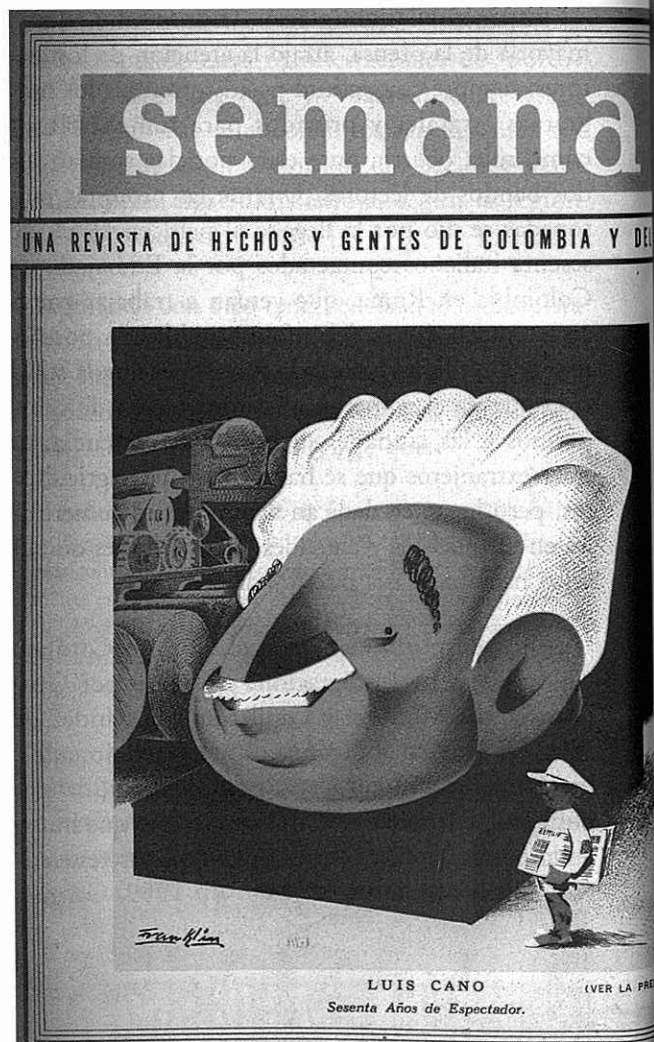
En este mismo año se produjo otra polémica que sacó a flote los moralismos del país católico a raíz de un veto de la Junta Nacional de Censura a la película francesa *Los tramposos*, que se iba a presentar en el cine club universitario de Bogotá. Los detractores argumentaron que la medida cavernaria atentaba contra la libertad de expresión, porque se trataba de un filme de calidad que había pasado por varios festivales internacionales. Para ellos la Junta Nacional de Censura, creada por Rojas Pinilla en 1955, era un fantasma del depuesto régimen. Elkin Obregón,<sup>26</sup> de Medellín, escribió: “La campaña iniciada por Uds contra la Junta de Censura Cinematográfica es súper justa y digna de aplauso. ¿No creen Uds. que deben seguir insistiendo hasta que la cosa estalle?”<sup>27</sup> También le hizo eco el animador del movimiento cineclubista en Medellín, Alberto Aguirre.<sup>28</sup>

Entre los simpatizantes de la medida estaba Fernando Guillén Martínez (uno de los últimos y menos recordados directores de *Semana*), quien presidía el organismo censor y en una carta justificaba su voto. Por su parte, el fundador de la revista *Mito*, Jorge Gaitán Durán, quien también hacía parte de la Junta, renunció con esta polémica. *Semana* pide que si ha de existir ese organismo, que los censores sean personas con discernimiento y criterio amplio. Así como hay lectores que respaldan la campaña, otros consideran que detrás se ocultan intereses comunistas y anticatólicos. Hacia 1961 se repiten las quejas de los lectores, esta vez por la censura de la película de Federico Fellini: *La dolce vita*.

En la escena de las artes, la revista también propició corrientes de opinión a favor y en contra del arte abstracto, cuya abanderada en el país era nada menos que Marta Traba, la crítica argentina encargada de esta sección cuando Alberto Zalamea, su esposo, dirigía la revista. La famosa crítica, que igual entronizaba que condenaba a los artistas del momento, fue seguida con reverencia por la mayoría de lectores; pero también se leen protestas de lectores indignados por sus comentarios ofensivos sobre el pintor Ignacio Jaramillo, por mencionar un caso, que ven en el abstraccionismo defendido por ella, la “deshumanización del arte de Ramírez Villamizar, propio para decorar bares

como el Grill Europa de la burguesía sabanera; o los inconexos derrames de tinta wiedemanianos, para diseñar papeles navideños; o los bototes y tontucios mensores de la temática boterista”. Muchos lectores también manifestaron su rechazo por el liderazgo de extranjeros en la crítica de arte. Casualmente, los más reconocidos críticos — Casimiro Eiger, Walter Engel, Clemente Airó y Marta Traba— eran extranjeros y se desató una corriente xenófoba.<sup>29</sup>

Ahora bien, en materia de aficiones, encontramos la polémica en torno a la sección de tauromaquia entre defensores y detractores del espectáculo taurino, como se venía ventilando en la prensa desde principios de siglo, cuando se iniciaron las corridas en Bogotá. Desde los comienzos de *Semana* se oponen los civilizados a los salvajes, que pueden ser muy cultos, pero no ocultan sus instintos primitivos, según la contraparte. Esa polémica recorrió toda la vida de la revista, donde la sección taurina no faltaba durante las temporadas.





## La agenda novedosa que ponía la revista

*Semana* adquirió su prestigio porque se desmarcó de las agendas políticas que dominaban el medio periodístico y se dedicó a explorar temas que apenas interesaban a la llamada *gran prensa*,<sup>30</sup> para presentarlos como completos informes de investigación. Esas piezas periodísticas no pasaban inadvertidas para los lectores que elogiaban trabajos como el del consumo de marihuana en el Atlántico, a raíz de la Ley Consuegra (45 de 1946), presentada por el senador barranquillero Néstor Consuegra, que penalizaba el cultivo y consumo de la hierba. Esta denuncia despertó enorme interés entre los lectores y una cadena de cartas que aportaba más pruebas sobre la magnitud del problema. Incluso un indígena de Sibundoy, “antimarihuano y civilizado”, mandó tres fotos que tomó con su Kodak, de marihuano de Santa Marta que aparecen retratados vendiendo sus cargamentos en la calle.<sup>31</sup>

Paradójicamente, considerando su línea editorial apolítica, en 1949 —cuando el liberalismo era violentamente perseguido por el partido en el gobierno— la revista invitó a los lectores a enviar candidatos para las elecciones presidenciales. Llovieron las cartas con nominaciones y arreciaron los odios sectarios. Pero el tratamiento de la información sobre la Violencia fue uno de los mayores aciertos de *Semana*, que en lugar de tomar partido presentaba las distintas versiones de los hechos que daba la prensa liberal y conservadora. El lector sacaba sus propias conclusiones.

En otros ámbitos informativos relacionados con tendencias y estilos de vida, uno de los temas más originales y que más impacto tuvo entre los lectores jóvenes fue el reportaje sobre los “cocacolos y kolkánitas”<sup>32</sup> (calificativo de Juan Lozano), porque retrataba a la nueva generación de clase media alta en sus gustos y formas de vestir (*blue jeans*, mocasines y medias tobilleras) y que baila mambo, cumbia y *blues*. En adelante, los jóvenes corresponsales se identificarían con el rótulo de *cocacolos* y demostrarían que además de la música, el baile y las medias de rombos, les preocupaba el rumbo político del país.

Desde sus inicios, *Semana* incluyó secciones que tuvieron gran aceptación entre los lectores como las de medicina, información científica y astronomía (cuando comenzó la carrera espacial), temas casi invisibles en la prensa diaria. Los lectores apreciaban sobre todo los perfiles de científicos colombianos que pasaban a hacer parte de esta prestigiosa galería.

Después de diez años de dictadura padecidos por la revista, y depuesto el gobierno de Rojas Pinilla, comenzó a perfilarse una agenda informativa que reflejaba los problemas más graves del país, como la pobreza. La revista publica crónicas de sus mejores reporteros, Leopoldo Pinzón y Paulo E. Forero, quienes recorren el país contando los dramas humanos de las víctimas de la Violencia. Empezó a emerger un país desgarrado que el gobierno militar quiso mantener oculto. Se siguen narrando masacres cotidianas, enfrentamientos de la ‘chusma’ con los campesinos, secuestros, abigeatos en los campos y delincuencia común en las ciudades, como consecuencia de una población desplazada sin oportunidades. Se iniciaron series periodísticas para presentar las distintas regiones del país y para mostrar sus polos de desarrollo, sus posibilidades turísticas, pero también sus problemas. Y durante la dirección de Alberto Zalamea, el periodista e investigador Jorge Bejarano hizo una excursión a las oficinas de los llamados Territorios Nacionales y encontró que había más de cien mil colombianos, pertenecientes a grupos aborígenes, en el completo abandono. La revista predice el peligro de extinción de los indígenas si el gobierno no toma medidas.

Precisamente con Alberto Zalamea —de 1958 a 1960—, la agenda de la revista presentó mayores cambios, en cuanto a su estilo imparcial y línea editorial. Comenzó a abanderar una causa nacionalista

.....

26 Reconocido escritor, cinéfilo y caricaturista, que sigue viviendo en Medellín.

27 *Semana*, 1 de septiembre de 1959, No. 662, Bogotá, p. 8.

28 Reconocido columnista y crítico de cine, que sigue viviendo en Medellín.

29 “Xenófobos y críticos”, *Semana*, 22 de julio de 1958, No. 605, Bogotá, pp. 33-35.

30 Concepto que le sirvió de caballito de batalla a Alberto Zalamea cuando dirigió la revista (entre 1958 y 1960) y que alude al poder político de los periódicos tradicionales.

31 *Semana*, 5 de enero de 1952, No. 272, Bogotá, p. 5.

32 *Semana*, 27 de diciembre de 1954, No. 426, Bogotá, pp. 27-31.

se  
REVISTA DE HECHOS



que se traducían en términos repetidos insistentemente por el director hasta ser asimilados por los lectores, quienes los reproducían en sus cartas. Zalamea hablaba de un "País Político" en contraste con el verdadero "País Nacional" y de una "Gran Prensa" (conformada por los periódicos tradicionales con intereses de poder), a la que *Semana* hacía contrapeso. En fin, toda una cruzada que fue ganando adeptos, como se constata leyendo el volumen de cartas de apoyo a esta causa nacionalista. Pero también se incluía la opinión de algún lector molesto con ese estilo: "¿No cree usted que es exagerada esa fobia contra o que *Semana* llama la *Gran Prensa* desde que está bajo su dirección? Su tarea de cantar verdades es plausible y fructífera, pero no creo que usted logre hacer de *Semana* la biblia de los colombianos".<sup>33</sup> A lo que el director respondió largamente que habla de la Gran Prensa porque no ha rectificado los errores del pasado: "Utiliza métodos deshonorables (cortinas de silencio, deformación partidista de la realidad, ocultación de los hechos) que amenazan la libertad de la información ciudadana".<sup>34</sup> Otro lector le saca en cara su 'traga' por el presidente Alberto Lleras, "que es muy querido y patriota, pero no para alabarle a diario y a renglón seguido". Pero el común de los lectores respalda esa campaña de la revista por combatir los "tics del alma nacional".

Se podría aventurar en todo caso que Alberto Zalamea fue el pionero del llamado *periodismo cívico* en Colombia, porque lo aplicó décadas antes de que se diera a conocer esta tendencia del periodismo estadounidense. El director solía hacer encuestas y convocatorias amplias entre sus lectores para estimular su participación en eventos democráticos, como el plebiscito por la reforma constitucional. En esa ocasión, los reporteros de *Semana* salieron a recorrer los barrios obreros para recoger las opiniones de la gente, que no entendía nada de reformas, pero esperaba el milagro de la paz para el país. El 19 de marzo de 1959, Zalamea hizo su propio referendo e instaló veinte urnas en Bogotá a las que se acercaron cerca de cinco mil votantes, quienes respondieron a cinco preguntas con el objetivo de remover el Parlamento y

.....

33 *Semana*, 30 de junio de 1959, No. 653, Bogotá, p. 4.

34 *Ibid.*, p. 4.

35 Según certificación de la Price Waterhouse.

36 *Semana*, 28 de julio de 1960, No. 708, Bogotá, p. 1.

transformar el esquema del Frente Nacional. En otra ocasión propuso organizar una conferencia nacional sobre la violencia.

Y como parte de esa agenda novedosa de la revista, a partir de 1959 se empezó a publicar por entregas el libro *Grandes conflictos de nuestra historia*, de Indalecio Liévano Aguirre, que indignó a los lectores convencidos de las versiones oficiales de la historia nacional. Lo cierto es que los lectores de Zalamea estaban imbuidos por el espíritu patriótico y se convirtieron en los más fieles defensores del Frente Nacional, hasta que el director perdió su fe en esta fórmula salvadora de alternancia en el poder, que excluía terceras opciones, como la que él aspiraba representar. Considerando que para 1958 la revista tenía un tiraje cercano a los cuarenta mil ejemplares (120 mil lectores en promedio),<sup>35</sup> se trataba de un movimiento de opinión nada despreciable.

Uno de los temas con que Zalamea se desmarcó definitivamente de la agenda de la competencia fue el de la revolución cubana, del cual hizo un cubrimiento a fondo, con corresponsales propios y de la Agencia de Prensa Latina; mientras la Gran Prensa reproducía los cables de las agencias estadounidenses. El seguimiento desprejuiciado de la noticia le significó las más fuertes críticas de algunos lectores y de buena parte de los periódicos tradicionales, pero también el espaldarazo de los seguidores de Fidel Castro. Una lectora escribe: "¡Albricias para la revista *Semana* por su reportaje sobre Cuba! Sería interesante que todos los latinos pudieran comparar los informes inexactos, deformados y a veces falsos de las agencias dirigidas por intereses creados, con este informe ecuánime y desapasionado".<sup>36</sup>

Esos mismos lectores apoyaron a Zalamea cuando fue acusado de comunista y cuando por presiones de los pequeños accionistas de la revista tuvo que vender su parte a la revista *Visión*, no sin antes constituir su propia empresa, *La Nueva Prensa*, semanario adonde lo acompañarían sus fieles lectores. Con su partida y en el último año de la revista, cambia el repertorio de voces de los lectores: ya no son los críticos e inconformes de Zalamea, sino los lectores grises de una publicación gris que desaparece del horizonte periodístico con una patética soflama anticomunista como bandera editorial.



## La agenda ciudadana que ponían los lectores

Gracias a este espacio de interlocución, los lectores daban a conocer los asuntos que se le escapaban a la revista y que eran de interés público. Así es como en muchas ocasiones aparecen los temas sugeridos por los lectores y en la misma edición se les responde con el respectivo cubrimiento. Un significativo porcentaje de las cartas corresponde también a temas de investigación solicitados por los lectores, sobre todo en las regiones más comunicadas del país. Además, anónimos corresponsales se convertían en periodistas que daban cuenta de la indolencia del Estado y de paso criticaban el centralismo de los grandes medios. A muchos de estos voceros de sus comunidades la revista les asignó la corresponsalía permanente, como fue el caso de un agente distribuidor de la revista en Magangué, quien envía fotos y noticias sobre el olvidado municipio de Bolívar. Estos lectores demostraban que “nuestro lindo país colombiano” sólo existía en la fantasía de Daniel Samper Ortega.

Ya en el escenario capitalino, no podía faltar la campaña contra las chicherías, que amparada en débiles decretos no había podido surtir efecto, y que en los preparativos de la IX Conferencia Panamericana (abril de 1948) tomó fuerza entre los enemigos del expendio de bebidas fermentadas, alarmados ante los cientos de chicherías que rodeaban las fastuosas avenidas de Bogotá. Y hablando de vías, cada cierto tiempo llegan cartas de queja por los impuestos de valorización del Distrito y por la mala prestación de los servicios públicos, costosos e insuficientes.

Un malestar permanente expresado por los lectores de la capital durante los quince años que duró la revista tuvo que ver con el pésimo servicio de transporte público. Unas veces porque los buses alemanes que importaron habían sido diseñados para pasajeros de 1,80 metros, y los bogotanos se veían ‘a gatas’ para sostenerse; otras veces porque los choferes se ponían a apostar carreras entre ellos y arriesgaban la vida de los pasajeros. En el último año de la revista, la señora Mary Peña Posada se queja por la falta de buses en Bogotá, cuando se sabe que lle-

gó una flotilla de buses.<sup>37</sup> En el siguiente número el responsable de la flotilla dice que está guardada esperando la adecuación de las avenidas de la ciudad;<sup>38</sup> pero otro lector le replica que los buses están a la intemperie exponiéndose al deterioro.

Volviendo al ámbito político, finalizada la dictadura y durante los procesos de pacificación del país, un lector caleño cuestiona la costumbre del gobierno de pagar recompensas por la delación de criminales: “puede prestarse a venganzas, equivocaciones y abusos”, afirma con el más común de los sentidos. Y con motivo del juicio que le hizo el Senado a Rojas Pinilla, en 1958, un lector acucioso, Alberto Patiño Galvis, aportó pruebas para la Comisión Investigadora del binomio Sendas-Presidencia Rojas para demostrar que el enriquecimiento de la familia presidencial se debía en parte a las importaciones a gran escala (y no sólo de juguetes) que hacía la institución de María Eugenia Rojas, sin pagar impuestos.<sup>39</sup>

Con esa conciencia ciudadana que afloró tras la dictadura, y después de esa escuela de veeduría que hizo Zalamea mirando el Parlamento por dentro y pasando al banquillo a los congresistas, los lectores de los últimos años pedían, por ejemplo, que se llevara un registro de todos los representantes y senadores “así como el registro que se lleva de los caballos en el 5 y 6” para poder apostarle al mejor. A finales de 1960, varios lectores piden explicaciones y datos específicos sobre la reforma agraria, tildada por ellos en varias ediciones de “embeleco del presidente Lleras”.<sup>40</sup> “Como campesino y agricultor, no dejo de preguntarme ¿cómo se les ocurre a los sabelotodos de nuestros legisladores que parcelando tierras ya descubiertas, queda resuelto el problema?”<sup>41</sup> se pregunta un lector curtido.

Otra iniciativa interesante de *Semana* para introducir nuevos temas y personajes en su agenda fue invitar a los lectores a que descubrieran valores

.....

37 *Semana*, 23 de enero de 1961, No. 732, Bogotá, p. 1.

38 *Semana*, 13 de febrero de 1961, No. 735, Bogotá, p. 2.

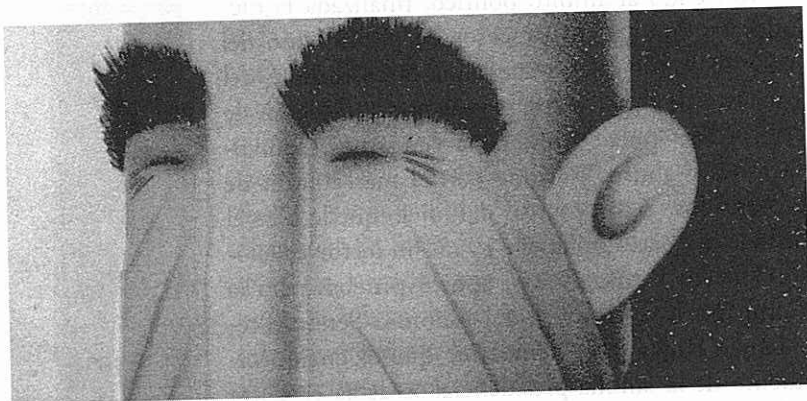
39 *Semana*, 7 de octubre de 1958, No. 616, Bogotá, p. 6.

40 *Semana*, 7 de noviembre de 1960, No. 723, Bogotá, p. 2.

41 *Semana*, 13 de octubre de 1960, No. 719, Bogotá, p. 2.



humanos para darlos a conocer. Así salió publicada la historia del negro Alfonso Florentino, peón de Timbiquí, Cauca, que cuando no echaba pica en las carreteras, labraba roca y creaba finas figuras religiosas. Gracias a la nota, el gobernador del Tolima lo becó en la escuela de Bellas Artes.



## Reacciones frente a la censura y a las dictaduras

Tras los hechos del 9 de abril de 1948 en Bogotá, los lectores expresaron su dolor y reclamaron a la revista por no haber circulado en aquellos días, cuando sí lo habían hecho otros periódicos pese al paro nacional.

La primera edición que circula bajo la censura oficial es del 26 de noviembre de 1949. A partir de entonces disminuye el volumen de cartas y el tono crítico de los lectores. Desde 1950, cuando se endurece el régimen de Laureano Gómez contra la prensa, se comienzan a advertir los ramalazos de la censura previa y el cierre de los medios de oposición. Y los lectores, sismógrafos sensibles a todo tipo de cambios, no tardan en protestar porque la revista tiene más exactitud y documentación que los primeros números, pero menos humor: "No voy a pedirles que supriman la exactitud, pero quiero rogarles mayor preocupación por hacer más agradable y más picante el estilo", escribe Darío Valencia, de Medellín. Y responde *Semana*: "Estamos de acuerdo. Pero Ud. nos comprende ¿Verdad?"<sup>42</sup> Una sincera declaración de impotencia y resignación por la mordaza oficial.

.....

42 *Semana*, 13 de enero de 1951, No. 221, Bogotá, p. 1.

43 *Semana*, 9 de enero de 1956, No. 502, Bogotá, p. 2.

Tras los hechos del 13 de junio de 1953, que marcaron el inicio del régimen militar de Rojas Pinilla, los lectores manifestaron su satisfacción con el gobierno del general, a quien *Semana* un mes antes le había dedicado la portada y un elogioso perfil. Desde todos los sectores políticos y sociales llegaron cartas de apoyo, loas y hasta versos. Algunos aplaudieron el pacto de caballeros que hicieron representantes de la prensa tradicional, en noviembre de 1953, para no incitar los odios políticos, publicar todo lo que vaya en bien del país y "censurar con pausa y medida". Ni asomo de crítica.

En medio de la luna de miel entre prensa, lectores y gobierno militar, la matanza de los estudiantes del junio de 1954 pasó discretamente por la censura revista. Pero durante varios meses se publicaron cartas fechadas en el extranjero que exigían explicaciones al gobierno militar como un recurso discreto para filtrar la denuncia. Igual ocurrió en 1956 con la masacre de la plaza de toros Santamaría y con el incendio de Cali, que dejó 1.300 muertos, ambos hechos imputables al gobierno militar. Un año después de esta última tragedia, *Semana* visitó el lugar para mostrar que los cuatro mil damnificados se encontraban en pésimas condiciones y no se habían iniciado las obras de reconstrucción prometidas. A los cuatro años de ocurrida la tragedia, en 1960, la revista demostró que el gobierno (ahora de Lleras Camargo) no había pagado las indemnizaciones autorizadas por ley.

También se sienten voces solidarias con los diarios cerrados por el Régimen: *El Tiempo*, *El Espectador*, *El Siglo* y *El Diario Gráfico*; voces que a su vez denuncian la guerra sucia que hace la prensa oficialista representada en *Diario de Colombia*, *La Paz*, *Jornada* y *El Día* a los periódicos de provincia.

Lo cierto es que en esos años de la dictadura (1953-1957) la línea editorial de *Semana* se plegó a la agenda política que marcaba el gobierno militar y amplió su agenda informativa a temas menos comprometedores, como si fuera un costoso suplemento de la *Revista Armada*, al decir de un lector suspicaz.<sup>43</sup> Para muchos lectores fieles fue la peor época de la revista, que terminó por parecerse más a *Cromos* con sus secciones de moda, vida social y chismes de la farándula internacional. "¿Será

que a fuerza de imparcialidad *Semana* no tiene ninguna opinión? [...] Uds. resolvieron volver honrosamente goda su ex famosa revista. Parece un órgano más del gobierno colombiano. Otro lector critica el marginamiento de la revista de los temas políticos, “los cuales tratan como si en vez de conservadores o liberales ustedes fueran marcianos o ingleses”.<sup>44</sup>

Otros lectores defendieron ciegamente el régimen, al punto de pedir a la revista hacer una encuesta sobre si debería levantarse o no el estado de sitio, que desató un verdadero plebiscito de cartas. Y otros, todavía más contagiados del brote fascista, reclamaron el restablecimiento de la pena de muerte en Colombia. Sin embargo, el director de aquella época oscura, Luis Zornosa Falla, ante una pregunta suspicaz de un lector que preguntaba si los columnistas Calibán y Klim habían sido desterrados del país, respondió: “No padecemos censura. No nos ha sido impuesta bajo el actual gobierno. Ni Calibán ni Klim han sido desterrados ni se han asilado. Siguen escribiendo sus columnas”. Una respuesta sin duda desconcertante.

### La adaptación de los lectores al nuevo estilo periodístico

En esta clasificación de los lectores no podían faltar los herederos de nuestra ilustre tradición de gramáticos. Allí estaban los argos persiguiendo gazapos gramaticales, imprecisiones históricas y demás horrores de los que no escapaba una publicación tan cuidada como *Semana*, que fundó uno de los más grandes estilistas colombianos y que dirigieron prosistas nos menos tersos como Hernando Téllez y Juan Lozano y Lozano.

En cuanto al estilo de la revista, del todo novedoso en medio de la prensa retórica y grandilocuente de la época, exige un proceso lento de asimilación por parte de los lectores, para quienes la concisión telegráfica anglosajona atenta contra las construcciones castizas. “Se utiliza el giro de los gringos: ‘Luis Carlos Potes, 35 años, asaltó...’, en lugar de la construcción castiza, un poco más larga, ‘Luis Carlos Potes, de 35 años de edad, asaltó...’”.<sup>45</sup>

Tampoco comprenden algunos lectores los rasgos modernos de estilo en géneros como la semblanza, llena de detalles simpáticos, que cultivaba con maestría Juan Lozano y Lozano. “Para los norteamericanos es muy aconsejable que se les informe en *Time* o en *Life* que Mr. Truman usa calzoncillos de tiro o de resorte, pero no para nosotros”, escribe un lector indignado con una biografía del político conservador Luis Ignacio Andrade, “aficionado al banano”. A estos lectores los mortificaba sobremanera el exceso de detalles enojosos como el color de pelo, la edad, el estado civil, el número de hijos, la estatura, etc.

Sin embargo, Álvaro Doria, un lector de avanzada, defiende la revista ante las críticas de otro lector molesto porque *Semana* le dé importancia a la tráida de un *trousseau* de novia. “El señor Lobo no debe haber leído nunca a *Time*, en donde detalles como el costo de un *trousseau* tienen casi tanta importancia como el número de curules adquiridas por los republicanos en el Senado. El señor Lobo desconoce el estilo del periodismo moderno”.<sup>46</sup>

Pero con el término *trousseau*, viene a cuento la tendencia de la revista a utilizar barbarismos con más profusión que la prensa tradicional. Incluso un lector residente en Nueva York escribe sobre este *snobismo*: “Hablan de *savoir vivre*, *gentleman*, *clubman*, *boutade*, *weekend*, etc., y no sé si me confundí de país”.<sup>47</sup>

Lo que más disfrutaban los lectores del estilo *Semana* son las leyendas de las fotografías, siempre amenas y oportunas, que pronto empezaron a copiar los otros medios, al igual que muchas secciones de la revista. Acostumbrados como estaban los primeros lectores de *Semana* a las famosas portadas de *Franklin*, retratista de los personajes nacionales, cuando se empezaron a publicar gaticos, orquídeas, reinas de belleza y actrices de Hollywood, no cesaban de preguntar por aquellas magníficas portadas que le dieron personalidad a la revista. No las volverían a ver hasta que en las postrimerías de la publicación aparecieron los retratos de Osuna.

.....

44 *Semana*, 2 de julio de 1956, No. 502, Bogotá, p. 2.

45 *Semana*, 9 de diciembre de 1946, No. 7, Bogotá, p. 1.

46 *Semana*, 15 de marzo de 1947, No. 21, Bogotá, p. 2.

47 *Semana*, 28 de junio de 1947, No. 36, Bogotá, p. 1.



En su último lustro, la revista vivió fuertes transformaciones de estilo. Entre los años 57 y 58, bajo la dirección de Zornosa Falla, adoptó el estilo frívolo de las revistas de moda con folletines románticos, secciones de belleza, moda, cocina y farándula. Incluso durante meses desaparecieron las cartas de los lectores sin ninguna justificación. Un lector caleño, Jorge Bolaños, resumió así el descontento de muchos:

Francamente nuestra *Semana* se extranjerizó de la noche a la mañana con 3 o 4 apuntes colombianos y lo demás extranjero se parece a la revista *Visión*. ¿Es que no hay quién escriba? Le dedica un tercio de página a la foto del rey belga y ni una columna para nuestras electoras campesinas [...] Y la sección de Cartas, tan leída, tan acogida, se fue al cesto de la basura. Por medio de esta sección sabíamos muchas cosas y leíamos a escritores del pueblo, ignorados pero detallistas y enjundiosos. Nos archivaron, en verdad, no pocas cartas.<sup>48</sup>

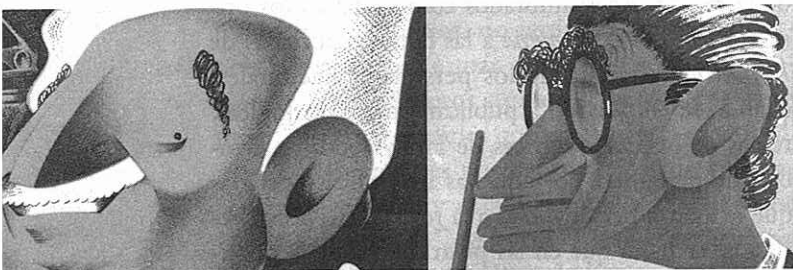
Con la llegada de Alberto Zalamea, en julio de 1958, la sección de cartas vuelve remozada, hasta con seis páginas. En su nueva sección de “Carta al lector” (la que replicará pronto en el programa radial de *Semana al aire*, multiplicando el efecto de sus prédicas como se lo hace saber un lector), el director pide a los lectores su colaboración para que digan cuáles son las investigaciones y los informes que desearían ver publicados y los personajes que más les interesan. Un llamado directo para conocer las expectativas de su público. Pero también con Zalamea la revista empieza a usar un lenguaje desacostumbrado, con tintes pasionales y tono exaltado. Lejos del discreto estilo informativo que había impuesto Lleras Camargo, la editorialización está presente en cada línea.

## Perfil multicultural y bipartidista de los lectores

Se podría afirmar que la revista *Semana* fue la primera publicación que se planteó la necesidad de conocer el perfil de sus lectores con un precoz sentido del mercado editorial. Siguiendo los lineamientos de la moderna prensa de Estados Unidos, diseñó una encuesta para conocer con datos estadísticos el perfil de sus lectores, su “personalidad colectiva”.<sup>49</sup> La encuesta de 24 preguntas, que apareció en dos ediciones, recogió datos de sexo, edad, color, estatura, peso, enfermedades, estado civil, partido político, ocupación, presupuesto mensual, nivel de educación, viajes, propiedad de vivienda, carro, radio, nevera... Jamás recogidos por un medio de comunicación ni organismo del Estado; además, sondeaba la fidelidad a la revista, las secciones favoritas, las que le hacían falta y el número de personas que leían cada ejemplar.

Es de lamentar que nunca se hayan dado los resultados del estudio, pero se presentó una serie de fotografías de lectores leyendo la revista, de todas las regiones del país y de las más diferentes profesiones (políticos, médicos, deportistas, filatélicos, artistas, cineastas, mujeres y sindicalistas), que respaldaba la autenticidad de la encuesta.

Estaban los lectores cultos, la élite ilustrada, que iluminaba con sus comentarios; los que veían platillos voladores, y los lectores tradicionales, apasionados hasta el fundamentalismo por causas políticas y religiosas. Porque si bien la revista defendía su carácter apolítico y su imparcialidad en la medida de lo posible (esto es, de lo admitido por la censura previa), los lectores no perdían la costumbre de declarar su partido de manera explícita o implícita y a menudo expresaban su descontento por esa ambigüedad política de la publicación. Por primera vez en mucho tiempo, quizá desde el movimiento republicano —que tuvo como presidente al periodista Carlos E. Restrepo (1910-1914)— lectores de distintos credos políticos se identificaron con una publicación de carácter informativo, sin desconocer su origen liberal, y la dejaron a su aire; tregua que aprovecharon los anunciantes para llegar a ese público amplio que ayudó a fortalecer esta exitosa empresa periodística.<sup>50</sup>



48 *Semana*, 3 de mayo de 1958, No. 595, Bogotá, p. 2.

49 *Semana*, 18 de septiembre de 1948, No. 100, Bogotá, pp. 1-2.

50 En 1960, un año antes de cerrar, la revista tenía siete mil suscriptores, una cifra récord en el mercado periodístico de revistas en el país. Con este respaldo, ésta siempre gozó de generosa publicidad, particularmente dirigida a estratos de alto poder adquisitivo.

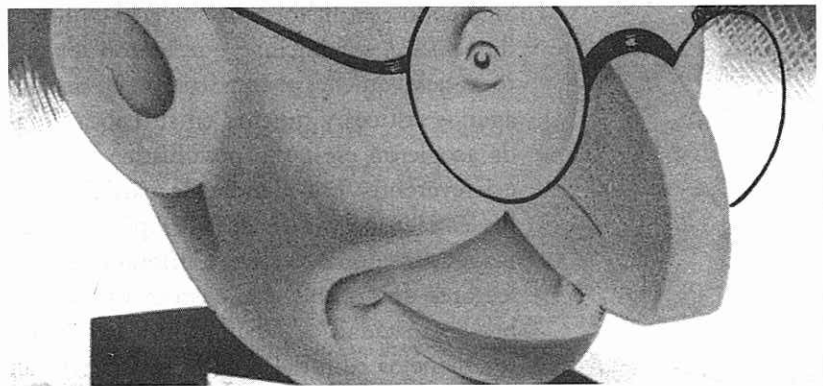
Claro que no faltaban las voces sectarias, malsonantes en esta tribuna neutral, que reclamaban una línea editorial política y comprometida (con los gobiernos conservadores, con la dictadura, con el Frente Nacional). Estos lectores acusan a *Semana* tanto de hacer propaganda al gobierno de Ospina Pérez como de tratar con irónico desdén al jefe del liberalismo, Jorge Eliécer Gaitán, y al tiempo la asimilan al periódico gaitanista *Jornada* en sus ataques al jefe conservador Laureano Gómez. Están, asimismo, los socialistas y los comunistas, que con frecuencia acusan a la revista de ignorar su presencia en la política nacional.

Pero el gran triunfo de *Semana* fue haber cautivado a lectores militantes de las huestes azules, capaces de leer la revista con ánimo civilizado. Hasta los conservadores más laureanistas declaran su fidelidad a *Semana*, aunque no dejen de protestar por las carátulas que la revista le dedica al 'Monstruo', que lo pintan, según ellos, con irrespeto y odio.<sup>51</sup> Por su lado responden los liberales: "Últimamente han merecido portada representantes de la caverna". Lo cierto es que los lectores de la última etapa de la revista —que podríamos denominar la anticomunista—, critican a *Semana* hasta por publicar un artículo de Alfonso López Michelsen, debido a sus ideas *comunistoides*.

Encontramos firmas de aquellos quienes pronto alcanzarán el reconocimiento en las artes, las letras o la política, o de quienes ya gozan de éste como Eduardo Caballero Calderón, que desde Madrid acompaña a la revista en su andadura; el crítico Walter Engel, que elogiaba las páginas de arte y el publicista McCann-Erickson, entusiasta admirador de su diseño. En una ocasión Julio Mario Santodomingo, crítica de forma indignada a la publicación de la cual es accionista, porque la crónica acerca de la Fundación Barranquilla, que preside, no estaba completa y "no destacan a otras personas", "¡y ya se lo había dicho por teléfono!".<sup>52</sup> Pero los más peculiares son aquellos lectores perseverantes, insistentes, que a fuerza de escribir comienzan a resultar familiares como Luis y Vicente Palomino, de Riosucio (Caldas), y Luis Eduardo Villegas, (de Propaganda Época, Medellín), que terciaban en todos los temas.

Estaban los lectores que escribían desde los lugares más insospechados, extranjeros y colombianos, deseosos de mantener este vínculo con su país. El grupo más nutrido de estos lectores lo conforman los soldados del Batallón Colombia, que reciben la revista en Corea y escriben sin tregua en busca de novias epistolares. A juzgar por el número de cartas, se diría que ningún soldado se quedó sin su ración, pero después de la bienvenida de héroes, empezaron a llegar cartas de reclamo por el incumplimiento de las promesas del gobierno y el abandono en que se encontraban los ex combatientes de la patria. Vagaban por las calles de pueblos y ciudades sin trabajo, sin educación, sin futuro, y ningún funcionario respondía estas cartas de reclamo. Tras la llegada de Rojas Pinilla al poder, volvieron a aparecer sus cartas de esperanza en la ayuda del gobierno de las Fuerzas Armadas, pero tampoco encontraron respuesta como en el relato de García Márquez.

Y eventualmente sorprendía la carta de un indígena, como la de José Jausaypy, de Apoporis, Caquetá, quien declaraba con orgullo: "Todo lo que sé de cultura y todo lo que he aprendido en 10 años lo debo a los santos misioneros de esta región. Pero amo todo lo que he bebido en *Semana* [...] Será la primera vez que veré escrito mi nombre en un periódico". Y Aníbal Tascón, indígena que estudia en Medellín y se solidariza con el dolor de su pueblo. "Mi único anhelo es que se haga a los aborígenes menos primitivos".<sup>53</sup>



.....

51 *Semana*, 16 de julio de 1949, No. 143, Bogotá, p. 1.

52 *Semana*, 10 de marzo de 1960, No. 688, Bogotá, p. 3.

53 *Semana*, 26 de mayo de 1951, No. 240, Bogotá, p. 1.

La voz de las mujeres era más tímida y escasa. Rara vez firmaban cartas de carga política (solamente cuando se les concedió el derecho al voto y cuando empezaron a ver a sus congéneres en el Congreso) y rara vez subían el tono. Eso quedaba para los hombres. Al igual que eran hombres los que enviaban misivas para entablar relaciones sentimentales.

Pero sin duda en la competencia era donde se encontraban agazapados los lectores más críticos de *Semana*, que no ocultaban su animadversión ante un medio que les parecía sospechosamente neutral. Una de las cartas más fuertes data de 1949 y proviene del quincenario *Crítica*, de Jorge Zalamea (padre de quien sería futuro director de la revista):

Acaso por llegar a la perfección con el propósito de hacer una publicación meramente informativa, *Semana* ha logrado el difícil prodigio de perder olor, sabor y color, aparte de hurtarnos el deleite de leer al gran escritor que es Hernando Téllez, cuyas eminentes cualidades literarias han sido sacrificadas a un extravagante ideal de *standardización*.

### Para concluir: lo que se lee entre líneas

Después de este recorrido por las secciones de “Cartas”, contenidas en treinta tomos de la revista *Semana* —y sólo interrumpidas durante algunos meses entre 1957 y 1958—, se pueden comprobar las hipótesis que guiaron este estudio:

1. Siguiendo esta historia de vaivenes políticos de *Semana*, se concluye que fueron los lectores fieles quienes se convirtieron en sus más agudos críticos y quienes en su época dorada acogieron ese estilo periodístico objetivo e irreverente. Esa manera de participar en los consensos y disensos de opinión creó mayor sentido de nación. Curiosamente, los lectores de *Semana* demuestran una asombrosa capacidad de adaptación a los distintos manejos editoriales de la revista: entran en diálogo o en controversia como si hubieran recibido escuela de tolerancia, cuando los compatriotas se seguían matando por sus ideas políticas. De este cruce epistolar emerge un proyecto de país civilizado que

puede expresar sus opiniones y esperar el flujo de la polémica a la vuelta de correo con la siguiente edición de la revista, sin que en la espera se elimine al contendor intelectual.

2. Hay un conflicto permanente entre las agendas informativas de la revista y la agenda gubernamental determinante en este período de alta politización en la vida nacional. Mientras la revista mantiene la filosofía del fundador de hacer un periodismo objetivo, las tensiones con el poder —representado en sucesivos gobiernos conservadores— no resultan evidentes para todos los lectores, ya que están debidamente contenidas en la línea editorial. Pero cuando la revista pasa a ser dirigida por un periodista que cuestiona esos poderes y asume una línea editorial apasionada, se rompe el equilibrio de la empresa periodística.
3. En el período mencionado de Alberto Zalamea (1958-1960) se evidencia otro gran conflicto entre la agenda de la revista *Semana* y la agenda de la Gran Prensa, que a su vez responde a los lineamientos de la agenda política. En ese enfrentamiento con la misma prensa frentenacionalista, que buscaba superar los sectarismos para un acuerdo de paz, salieron a la luz engaños y manipulaciones de la clase política y del gobierno, representado por el fundador de la revista: Alberto Lleras Camargo. Una prueba más de la imposibilidad de la prensa independiente en el país, pese a los constantes llamados de Zalamea a sus lectores: “¡Escribanos, deshirotequen su pensamiento!”.
4. En medio de todos estos conflictos están los lectores de *Semana*, la primera generación de lectores que recibió un elevado estatus y reconocimiento como fiel de la balanza de la publicación. En las polémicas en que se enfrascaban estaba retratado el país con sus odios y sus amores; los colombianos ‘cultos’ y los ‘incultos’, los librepensadores y los reaccionarios. Allí se evidenciaron todos esos rasgos de colombianidad —y esos atávicos regionalismos— que siguen actuales en nuestros días,





aunque ya no se expresen tan abiertamente. Y se palpa ese clima intolerante de la opinión que parece reproducirse a la vuelta del siglo XXI. Aun bajo la sospecha de que no se publicaron todas las cartas que llegaron y de que seguramente también hubo filtros y censuras por parte de los editores, esa amplia sección muestra una diversidad de voces y de mentalidades que retrata de manera fiel al colombiano medio que tenía acceso a esta prestigiosa publicación. Al leerla cincuenta y sesenta años después, comprendemos mejor nuestra compleja psicología, nuestros odios enquistados, nuestras fobias y filias, nuestros rasgos de identidad, nuestros valores ciudadanos, como si fuéramos un tomo actualizado de esa vieja publicación. No se puede dejar de mencionar que siguen vigentes muchos de los mismos personajes de la clase política, los temas y las polémicas aquí vistas.

5. Para terminar, retomamos las palabras que escribió Zalamea a sus lectores cuando asumió la dirección de la revista y que recogen el espíritu de esta sagrada sección:

A través de muchos años supo *Semana* aglutinar en torno suyo a un numeroso grupo de lectores. Ser lector, ser suscriptor de *Semana*, era algo más que serlo de otra publicación; era participar activamente en una aventura intelectual sin precedentes en Colombia: la de pensar libremente, dejando a un lado prejuicios de partido, de castas, de clase, de condición. Y esta participación anticonformista del lector, este cruce de opiniones entre la revista y su público, dieron origen a un núcleo de gentes de buena voluntad dispuestas a pensar, analizar y escribir en forma independiente, sobre las realidades y convulsiones de la vida contemporánea.<sup>54</sup>

## Bibliografía

*Semana*, 4 de noviembre de 1946, No. 2, Bogotá.

*Semana*, 11 de noviembre de 1946, No. 5, Bogotá.

*Semana*, 9 de diciembre de 1946, No. 7, Bogotá.

*Semana*, 15 de marzo de 1947, No. 21, Bogotá.

*Semana*, 28 de junio de 1947, No. 36, Bogotá.

*Semana*, 25 de octubre de 1947, No. 53, Bogotá.

*Semana*, 15 de noviembre de 1947, No. 56, Bogotá.

*Semana*, 22 de noviembre de 1947, No. 57, Bogotá.

*Semana*, 6 de diciembre de 1947, No. 59, Bogotá.

*Semana*, 17 de julio de 1948, No. 91, Bogotá.

*Semana*, 18 de septiembre de 1948, No. 100, Bogotá.

*Semana*, 11 de junio de 1949, No. 138, Bogotá.

*Semana*, 16 de julio de 1949, No. 143, Bogotá.

*Semana*, 6 de enero de 1951, No. 220, Bogotá.

*Semana*, 13 de enero de 1951, No. 221, Bogotá.

*Semana*, 27 de enero de 1951, No. 223, Bogotá.

*Semana*, 24 de febrero de 1951, No. 227, Bogotá.

*Semana*, 7 de abril de 1951, No. 233, Bogotá.

*Semana*, 21 de abril de 1951, No. 235, Bogotá.

*Semana*, 26 de mayo de 1951, No. 240, Bogotá.

*Semana*, 9 de junio de 1951, No. 242, Bogotá.

*Semana*, 5 de enero de 1952, No. 275, Bogotá.

*Semana*, 16 de febrero de 1952, No. 278, Bogotá.

*Semana*, 27 de diciembre de 1954, No. 426, Bogotá.

*Semana*, 9 de enero de 1956, No. 502, Bogotá.

*Semana*, 25 de junio de 1956, No. 501, Bogotá.

*Semana*, 2 de julio de 1956, No. 502, Bogotá.

*Semana*, 29 de octubre de 1956, No. 519, Bogotá.

*Semana*, 3 de mayo de 1958, No. 595, Bogotá.

*Semana*, 22 de julio de 1958, No. 605, Bogotá.

*Semana*, 7 de octubre de 1958, No. 616, Bogotá.

*Semana*, 30 de junio de 1959, No. 653, Bogotá.

*Semana*, 1 de septiembre de 1959, No. 662, Bogotá.

*Semana*, 10 de marzo de 1960, No. 688, Bogotá.

*Semana*, 28 de julio de 1960, No. 708, Bogotá.

*Semana*, 13 de octubre de 1960, No. 719, Bogotá.

*Semana*, 7 de noviembre de 1960, No. 723, Bogotá.

*Semana*, 23 de enero de 1961, No. 732, Bogotá.

*Semana*, 13 de febrero de 1961, No. 735, Bogotá.

Vallejo, Maryluz, "La revista *Semana*: plataforma periodística del Frente Nacional", en *Memoria y Nación, Historia de los medios de comunicación en Colombia*, VII Cátedra Anual de Historia Ernesto Restrepo Tirado, Bogotá, Aguilar, 2003, pp. 338-365.

.....

54 *Semana*, 22 de julio de 1958, No. 605, Segunda época, p. 7.

